

4-1177 544

65
27
6

BIBLIOTECA DE LA AURORA.

LOS
PROSCRITOS,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS
POR CARLOS NODIER,
y traducida al español

POR

D. L. M. G.

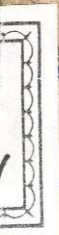
Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta

SEVILLA.—1856.

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN,

Imprenta de la AURORA, nú. ...

núm. 9.



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

B

Estante:

E

numero:

464

LOS

PROSCRIPTOS,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR CARLOS NODIER,

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

D. L. M. G.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada
en memoria del malogrado poeta



BALTASAR MARTINEZ DÚRAN

SEVILLA.



Imprenta de LA AURORA, Raveta núm. 9.

103

PROSCRYPTOS

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR CARLOS LINDNER

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

1844



SEWELL & CO.

Imprenta de LA AURORA, Reyes núm. 9



LOS PROSCRIPTOS.

VOY A ESCRIBIR.

La memoria de los trabajos pasados es casi tan grata como la de un antiguo amigo.

Mi vida se vió ajitada largo tiempo por las borrascas del infortunio; pero acostumbróse á ellas y encontró la enerjia en sus pesares. Hoy dia me complazco en contar mis desgracias, cual se complace un veterano en señalar con el dedo, en el mapa, los lugares en donde fué herido.

No he formado, sin embargo, el orgulloso pro-

yecto de escribir para la gloria. He vivido, padecido, y amado mucho, y con mis sensaciones he formado un libro.

No me leais, generacion dichosa, que emprendis una carrera embelesada con los prestigios de la fortuna, rodead la vuestra con los risueños y graciosos cuadros de la Albania. He naufragado sobre un mar proceloso, y solo pinto escollos.

No me leais, mugeres bellas que sonreis á la faustuosa turba de vuestros adoradores, y que solo llenais el presente con los alhagueños recuerdos del pasado, y contando las delicias del porvenir.

Flores de la mañana, meceos al suave soplo de los céfiros, sobre vuestros tallos perfumados. Estela era como vosotras una rosa, que pereció agostada á los rayos de un sol abrasador.

Seres ardientes y sensibles, que habeis empezado muy pronto á ser el juguete de las pasiones y cuyas almas se han alimentado con las lecciones de la desolacion, para vosotros escribo.

Vosotros solo habeis visto al rededor de vuestra confiada juventud, seduccion y perfidia, y en la edad madura os han acompañado recuerdos dolorosos, la sociedad os ha despreciado, los hombres os han aborrecido, y vuestros pequeños deslices han

desaparecido como la ligera huella que deja en las
aguas un viento suave.

Venid á reclináros sobre mi pecho, yo os amaré,
dulcificaré vuestros pesares compartiéndolos, y
lloraremos juntos, si aun nos quedan lágrimas
que derramar.



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



PROSCRIPCION Y SOLEDAD.

Yo tenia veinte años. Los últimos rayos del mes de mayo habian desplegado la matizada corola de las postreras flores y me ausentaba de mi cara patria; de este modo el genio maléfico que se agitaba sobre la Francia atemorizada, envolvía en sus inmensas proscriciones, la edad y la estacion de los amores.

Oh! si escribiera como siento, bosquejaria con atrevidos rasgos las convulsiones de aquellos dias de luto, y os estremeceriais al recuerdo de vuestros propios males; pero no acusaré á la Providencia como esa bulliciosa é irreflexiva turba que prefiere calumniar al cielo á indagar la verdad.

Las revoluciones son como las dolencias que aflijen al cuerpo humano, y que deben precisamen-

te desenvolverse en periodos marcados. Con ella se purifican las naciones, y la historia llega á ser la escuela de las generaciones venideras.

No, esos grandes trastornos no son la obra de las tinieblas, preparado entre las sombras de la noche por un puñado de fanáticos y revoltosos; es la obra de los siglos, el terrible é inevitable resultado de los acontecimientos pasados, y para que no tuviera lugar semejante resultado, seria preciso trastornar las eternas leyes de la naturaleza.

Deplorad, deplorad siempre, vosotros, los que habeis perdido entre los estragos de este azote, los objetos de vuestro cariño; pero no busqueis la venganza: levantad un ciprés sobre la tumba de vuestros padres asesinados y no sacrificéis mas víctimas humanas. Los manes de los difuntos son dioses pacíficos que no se alimentan de sangre.

Creedme; esa es la accion mas justa y grandiosa del poder. Yo creo que son muy pocos los culpables. La agitacion y las pasiones los hacen frenéticos; pero el hombre no es malvado cuando está enfermo.

Llegué al pié de una montaña, y á su parte opuesta divisé la aguja del campanario de Santa

María que se confundía con los arbustos. Sentéme en el tronco de un árbol derribado por la tempestad á poca distancia de un arroyo que bajando al traves de las hendiduras de un peñasco iba á perderse á lo lèjos del valle.

Es acaso gran mal, esclamé, abandonar de este modo las ciudades y verse solo consigo mismo?

Soy libre y nada contraría mis pensamientos, añadí con orgullo, son independientes como el aire que respiro.

Esos bosques que se elevan en forma de anfiteatro sobre una tierra yerma, tal vez encierran una cabaña hospitalaria. En ella me tenderè sobre una estera que yo mismo habré fabricado, y me alimentaré con los sencillos manjares que me habré preparado. No disfrutaré esos placeres que embotan la sensibilidad sin saciarla, nada turbará mi reposo, y gozaré de una dulce tranquilidad, mientras mis semejantes se despedazan por vanas teorías.

Apoyé mi cabeza entre mis manos y sentí brotar de mis ojos una lágrima de dolor. Los dirigí hácia el cielo y se convirtió en una lágrima de reconocimiento. Eran las cinco de la tarde; el cielo estaba sereno y despejado; la luz del sol se

confundia entre el ramaje y brillaba sobre la nieve de las elevadas montañas; solo se oía el confuso rumor de los matorrales, y aquella melancólica y profunda calma estaba en perfecta armonía con mi corazón.

No era yo una de esas ilustres víctimas que más se distinguen en las revoluciones, pues mi nombre se confundía entre la turba de los proscriptos; pero había soñado la gloria de los Barneveld y Ledney, y se habían elevado mis pensamientos.

Hay instantes, en que la sangre circula con más rapidez, en que el corazón late con más viveza y un suave calor anima todos los órganos. Las facultades intelectuales se exaltan; se aviva la imaginación; las sensaciones se agolpan y confunden, y se vive mejor y más aprisa.

Hallábame en uno de esos momentos de exaltación, y me parecía que la naturaleza era un vasto imperio del que había estado separado por mucho tiempo, y al que volvía á ver.



EL LOCO DE SANTA MARIA.

LEVANTEME, y seguí la orilla del arroyo subiendo hácia su manantial. El murmullo de sus aguas sumerjia mi alma en una deliciosa languidez, y conocí que se habia centuplicado el sentimiento de mi existencia. Tal vez no sabria describir mis sensaciones, solo sé que eran fuertes y puras; ningun otro objeto me ocupaba en particular, y todas afectaban mis sentidos en extremo. Finalmente no podia soportar la rápida sucesion de las sensaciones que me oprimian suavemente; mi corazon experimentaba aquella especie de sofocacion que le oprime sin dañarle.

En un sitio en que el bosque era mas poblado y ocultaba á mi vista el curso del arroyo, me apoyé contra un abeto y suspiré. Todas mis po-

tencias se dirijian hácia el Ser supremo y me impelían á dirijirle una accion de gracias.

Tranquilidad y dicha, dije en voz alta. Pobre Lovely! No mas dicha! no más tranquilidad para tí! respondió una voz penetrante.

Hay aqui seres que padecen? exclamé. Era tan completa mi felicidad como si su extencion bubiera de llenar la naturaleza entera.

Acerquéme, y vi sentado sobre una roca desprendida de la montaña un jóven de unos 25 años. Su blonda cabellera caía sobre sus hombros, sin afectacion ni compostura; pero sin desórden. Su rostro era tan interesante como su voz. El pesar habia dejado en él impresas sus huellas sin quitarle su primitiva espresion de nobleza y orgullo. En lo marchito de su semblante, se conocia que habia sido ajado por la violencia de la desesperacion; pero el conjunto de sus facciones espresaba la calma de una tristeza reflexiva: ya no moraban allí aquellos insoportables y ardientes padecimientos que se consumen á sí mismos sin mitigarse, era la augusta estatua de la melancolia jimiendo sobre un sepulcro.

Ya habia tenido tiempo para hacer todas estas reflexiones cuando nuestras miradas se encontraron.

He observado, que cuando dos hombres que han de conocerse se encuentran por primera vez, sus almas se retratan y asoman en sus miradas. Se buscan con una vista inquieta, y se preguntan recíprocamente para juzgarse. Yo aprecié á Lovely en aquella silenciosa contemplacion, encontré sus miradas y en ellas vi una espresion tan elocuente, que no me quedó la menor duda de que habiamos nacido el uno para el otro. No era aquel el resultado de una vaga preocupacion; sino el de una conviccion irresistible y profunda que me gritaba interiormente: Abraza al hermano que la Providencia te ha elegido!

Quien se atreverá á dudar de ella? ha previsto todas nuestras necesidades, ha puesto en los árboles frutos que nos alimentan y apagan nuestra sed, ha dado á los animales lana para vestirnos, sombra á los bosques para preservarnos de los ardores del sol, y entre esa multitud de generosos cuidados se habria olvidado de prepararnos un amigo?

Desengañarse! ella no ha combinado sin su fin tan perfecta armonía, todas las partes de dos organizaciones diferentes, y aunque considereis mi sistema como el entusiasmo de un alma que procura unirse á la vida con los mas dulces vínculos,

sostendré contra todos los partidarios de esa metafísica desesperada, que cada vez que el Supremo criador hace dos seres que concuerdan entre sí ó semejantes, los ha creado para reunirse y amarse.

Yo no sé si estos mismos pensamientos ocupaban á Lovely, lo cierto es que resultaban las mismas consecuencias, y en el mismo instante nos acercamos uno á otro por un movimiento involuntario y nos estrechamos mutuamente. Una rápida reflexion nos impelió á aquel involuntario impulso.

No mas dicha! no mas tranquilidad!.. Jamas respondió Lovely.... Jamas.... es muy horroroso desesperar de ese modo del porvenir, y desechar toda esperanza de ventura en la flor de su vida. Esta idea me horrorizó.

Notólo Lovely, y mi compasion le enterneció.

He sufrido mucho; pero ahora ya no sufro, añadió acompañando estas palabras con una sonrisa de consuelo como para disculparse de haberme aflijido.

Buen Lovely! es una crueldad preguntar á los desgraciados y renovar sus llagas aun sangrientas con una indiscreta compasion; pero hay miradas

que espresan mas que todás las palabras de la lengua humana, y Lovely me comprendió.

He sufrido mucho, replicó cruzando las manos sobre su oprimido pecho y levantando lentamente sus párpados; he vivido en las ciudades y he visto que todos esos vanos placeres que en ellas se compran á tan alto precio, son solo inmundos esqueletos bajo magnificos vestidos; he buscado otros en mi propio pecho; pero mi corazon era sencillo y confiado, y me ha vendido...

El amor... esta palabra la pronunció envuelta entre un suspiro, su semblante se animó, su vista pareció la de un delirante, todos sus músculos estaban en contraccion y su voz se apagó entre sollozos, y la amistad, dije yo llevando su mano sobre mi corazon que latia con viveza...

Hay acaso amigos para los que padecen? dijo Lovely.

Oh! si yo hubiera sido su amigo!

Ya lo era... Lovely dejó caer sobre mi mano una lágrima abrasada.

Nos habiamos comprendido y ya nada teniamos que decirnos.



HALLE UN HERMANO.

En esto nos sorprendió la madre de Lovely que iba en busca de su hijo con una solícita inquietud, y así que le divisó se dirigió hácia nosotros sin reparar en mí.

Me alegré mucho de que no me viera, porque aquella dulce expansión del más acendrado cariño no tolera testigos importunos.

Lovely llenó á su madre de caricias.

Aquella escena me conmovió sin admirarme; los desgraciados saben amar mejor; la melancolía es más tierna, más confiada, más franca que el placer; sí... porque la melancolía es el placer de los corazones gastados.

Cuan electrizado estaba yo! si el poder divino me hubiese transportado en aquel momento á los

pies de mi madre; con qué emoción hubiera estrechado sus rodillas! como hubiera impreso sobre sus pies mis besos respetuosos! nunca he llorado mas amargamente los pesares con que algunas veces he turbado su sueño, nunca he sentido con mas viveza el deleite de aquel filial amor, que seria una dicha aun cuando el reconocimiento no hiciera de ello un deber.

Como la lloro! el infeliz que se ve arrastrado por las borrascas de la vida, lejos del hogar paterno, y abandonado á sí mismo en un mundo desconocido, que sienta su corazón traspasado por el dolor y no sepa donde reclinar su cabeza, dirá sin duda: «Ahora la reclinaria en el seno de mi madre» llorará el haberla abandonado, y morirá tal vez sin que ella haya podido refrescar su sangre con un beso reparador.

—Oh madre mia!!!

Esta involuntaria exclamacion sorprendió á la madre de Lovely, y se volvió hácia donde yo estaba sentado.

El sello de la virtud estaba impreso en aquella noble fisonomia de una manera tan augusta, que el sentimiento que en mí despertó su vista, se confundió involuntariamente con el recuerdo de mi

madre; me levanté y me incliné hácia ella.

Madre de Lovely, le dije, no teneis mas que un hijo.

Uno solo, respondió, y toda su alma se retrató en la mirada que dirigió á Lovely.

— En nombre del cielo! tened dos hijos...

Entonces me contempló con atencion.

No desecheis mi súplica, le dije, dad un asilo á la desgracia, y un hermano á Lovely.

Sonriose con ternura y me dió el brazo para volver á la cabaña.

Decidme, orgullosos mandatarios de ese globo, han sellado alguna vez vuestros tratados tan noble candidez? Acabo de adquirir un bien mil veces mas precioso que todo el brillo de vuestro poder, y su garantia es una sonrisa.

Mientras que vuestras almas altaneras hacen al universo esclavo de su orgullo, y le conmueven por vanas formalidades; aquí la naturaleza ocupa el lugar de la etiqueta, y la confianza ratifica los tratados de la virtud.

Tengo ya un hermano, dijo Lovely pasando su brazo al derredor de su cuello.





LA ISLA DESIERTA.

Si... la soledad es una amiga que vuelve al alma su primer temple y sello, borrados con el roce de la sociedad; pero es una amiga que no le basta; solo nos dirigimos á ella en la adversidad y cuando nos está prohibida la grata comunicacion con el mundo. El hombre no ha nacido para vivir aislado como las fieras del desierto, sin mas relaciones que sus necesidades, sin mas interes que el de su existencia; y el que ha querido sostener esa dolorosa doctrina, es un blasfemo que deshonra la humanidad, ó un sofista que habla contra lo que le dicta su corazon.

Un momento antes, hubiera sido dichoso en mi soledad; pero se habrian borrado con rapidez

mis sensaciones y pronto habria hallado un vacio en mi corazon.

No hay mas goces verdaderos que los que se pueden compartir y solo multiplicando los vinculos se multiplica la dicha. El que ha causado mas llanto en la tierra al morir, ha sido verdaderamente el mas feliz.

Muchas veces me he representado un hombre arrojado por la tempestad en las playas de una isla desierta, separado de todos sus semejantes, y sin esperanza de volverlos á ver.

Tan pronto camina tristemente por aquellas desiertas playas, temiendo tender la vista sobre aquellas llanuras sin cultivo y á las que jamas ha fertilizado una mano industriosa.

Tan pronto permanece en pie contemplando la vasta estension de los mares, y mientras que calcula el poderoso obstáculo que le separa de cuanto le es caro, se escapa de su pecho un suspiro de dolor.

Cree á veces divisar un bajel que despliega sus velas hallá en el horizonte, fija en él sus ansiosas miradas, teme perderlo de vista, se echa en tierra reteniendo el aliento, espera... vacila... ora... y cuando el sol en su ocaso viene á desvanecer

aquellas fantásticas imágenes, él desearia poderlas retener por mas tiempo: efecto del error que le seduce.

Escribe otras sobre la arena con una rama difícilmente aguzada el nombre de sus padres, amigos y querida que perdió para siempre.

Amenudo los pronuncia en voz alta y se entretiene con aquella memoria tan querida, y cuando el eco repite su voz cree haberlos oido.

Despues que un profundo sueño ha calmado por algunas horas la agitacion de sus pensamientos, se despierta y los vuelve á llamar. Un ensueño benéfico le habia restituido al seno de su familia inquieta, ha visto el llanto de su querida hermana y aun le parece que su mejilla humedece su pecho. Tambien él llora; pero su llanto cae en el polvo. Está solo!

Bien pronto lo veo tendido sobre la ardiente arena inmóvil de fatiga y de dolor, y sufriendo las lentas agonias de la muerte: la enfermedad ha hundido sus mejillas, sus ojos están envueltos en sangre, elévase su pecho con una respiracion penosa. Desecados sus lábios por una sed ardiente despiden un aliento abrasador, y cuando conoce que los resortes de su existencia van á acabar, dirije á su

alrededor una inquieta mirada temiendo no encontrar la de un amigo.....,.....

Un amigo le habria preparado un lecho de musgo, habria exprimido en su copa el zumo de plantas saludables, un amigo le habria cubierto con su propio vestido para guarecerle de los ardores del sol y de la frescura del rocío. Los cuidados de un amigo mitigan las congojas de la muerte; pero él está solo.

Los latidos de su corazón se aceleran... se interrumpen... se detienen... su sangre hierve y despues se hiel a quedando sin movimiento en sus venas; tiemblan sus párpados y se cierran. Dice: tengo sed, y espira sin que nadie le responda.





OTRO AMIGO.

AL salir el sol me encontró sentado delante de la cabaña y sobre una piedra que servia de banco.

No podia estenderse mucho la vista, solo á través de las copas de los árboles y por entre los picachos de las rocas, se distinguian á lo léjos las risueñas llanuras de la Alsacia, cuyos indefinidos limites le confundian con la niebla de la mañana y entre las nubes del horizonte. Los demas puntos del espacio se veian ocupados, ya por confusos grupos de pinos y malezas, ya tambien por los peñascos que el tiempo desprende de la cima de las montañas, y que desparrama á la ventura.

La vista humana contempla con religiosa admiracion esos grandes destrozos de la creacion,

y el tejo estendiendo horizontalmente sobre ellos sus frondosas ramas los corona con majestad. Las ruinas del arte son imponentes; las de la naturaleza empero, son sublimes.

Consiste esto en que no hay cosa mas legitima que el culto tributado á la desgracia, cosa mas noble que un glorioso infortunio; ni sentimiento mas natural, que aquella profunda veneracion que inspira la idea de la grandeza unida à la idea de la destruccion.

No sé... pero yo no elegiria por amigo al que pudiera ver sin conmovirse una añosa encina derribada por el rayo, y que diese á Belisario una limosna indiferente.

Por lo demas, aquel paisage tal vez no habria podido crear un Idilio de Gessner ó un cuadro de Claudio Lorrain, pero poseia aquel encanto solemne y apacible que adormece el dolor y aumenta las fuerzas del pensamiento.

Reconoci que tenia un alma; Lovely vino á sentarse á mi lado, y al darle el beso de hermano sentí que solo teniamos una sola para entrambos.

El dia antes no habia hecho mas que entrever el interior de la cabaña, y entré con él. Era sencilla; pero allí el amor maternal sonreia al amor

filial, habitábala la virtud, y estaba siempre abierta á la hospitalidad; á mí me pareció un templo.

Fijé la vista en algunas obras que componian la biblioteca de Lovely.

La Biblia ocupaba el primer lugar y á su lado estaba el Mesias de Klopstock, que es el poema de la religion junto á los anales de la misma. Mas abajo distinguia Metingui y á Montaigne, el filósofo del corazon humano, entre Shakespeare pintor del mismo, y Richardson historiador. En seguida venian Rouseau, Sterne, y algunos otros. Apretóme Lovely suavemente la mano, me miró con cierto aire misterioso, tomó de su estante una caja de ébano, y de ella sacó un libro envuelto en un velo negro.

Otro amigo mas, dijo, presentándomelo. Era Werther. Lo confieso, tenia veinte años y veia aquel libro por primera vez. Lovely sacudió su cabeza y suspiró. Leeré tu Werther, exclamé.

Ves, me dijo, cuan gastadas están estas páginas? Cuando me faltó el uso de la razon y vine á habitar estas montañas, solo me habia quedado este amigo. Llevábalo sobre mi corazon, lo mojabá con mis lágrimas y aplicaba á su vez sobre él mis ojos y mis labios abrasados, lo leia en alta voz

y él poblaba mi soledad.

Si, Lovely, leeré tu Werther.—Lo leerémos juntos, me respondió. Muchas veces lo hemos leído.

Un dia salí solo con Werther y me interné en el bosque.





ELLA.

Por qué no me basta este libro? dije cerrándolo con sentimiento. Por qué han perdido su encanto mis placeres? por qué no me deleita ya oír el murmullo del arroyo, contemplar el sol en su ocaso, ni recordar los inocentes juegos de mi infancia? Desde que he abierto este libro fatal, parece que me he puesto la túnica de Creusa y que respiro un aire abrasador.

Ya no soy dichoso.

Sentéme en la ladera del bosque, pregunté á mi corazón, y conocí que tenía necesidad de amar. Esta idea me sorprendió como un resplandor inesperado; pero me aliviaba de una larga opresion. Respiré con mas libertad, me adelanté al porvenir,

y vilo rodeado de todos los prestijios de la dicha. Aquella encantadora ilusion se fué estendiendo poco á poco sobre el presente, y todo cuanto me rodeaba se me presentó bajo un nuevo aspecto. El cielo me pareció mas puro, la campiña mas risueña, el ramaje ajitado con mas suavidad: mi alma se abrió al amor, y nació por segunda vez.

Cada instante que pasaba me revelaba nuevas sensaciones y enseñaba nuevos placeres; mi imaginacion exaltada se estraviaba en aquellas brillantes esperanzas y me mecia entre mil halagüeñas quimeras. Aquello no era ya una ilusion... veia á la muger que me adoraba adornando mi existencia, me la representaba con los mas vivos colores... Me complacia en reunir en ella todos los atractivos de la juventud y la belleza, engalanados con la expresion de la virtud. Sus ojos respiraban el candor, y su boca el deleite; la gracia se retrataba en todas sus acciones... un modesto pudor coloreaba sus mejillas con su virjinal rubor. Era la obra maestra de la naturaleza vivificada por el soplo del amor.

Me acerqué y pude notar hasta el voluptuoso desórden de su cabellera, hasta los movimientos de su seno palpitante que levantaban la gasa que los oprimia...

Estaba leyendo; di algunos pasos mas, y oí el roce de las hojas que se deslizaban bajo sus dedos, el suspiro que le arrancaba una frase tierna.... ví que se deslizaba una lágrima de sus mejillas, y me hubiera arrojado á sus plantas como Pigmalion á su obra.

La ilusion habia desaparecido... pero no es un sueño... La he visto y aunque viviese mil siglos siempre tendré presente aquel instante... La veré siempre allí como la vi la vez primera, cuando levantó los ojos y mi mirada se encontró con la suya... y ahora que he sido ajitado por tantos infortunios, en la actualidad que me alimento con tan penosos recuerdos y que un fúebre velo oscurece mi memoria, aun creo estarla viendo como la vi aquel dia...

Allí estaba sentada, en aquel huertecillo, á espaldas de esa ladera, y junto á aquel grupo de rosales silvestres. Cuando me vió dejó caer su libro sobre esas retamas. La anciana Brijida estaba en pié detras de ella. Acerqueme conmovido... Estela se sonrió para tranquilizarme y me turbé mas aun. Brijida se inclinó hácia Estela, se apoyó en su palo con que estaba trabajando la tierra, y dijo en voz baja: Tal vez es proscripto. Sí, proscripto!

Aunque todos los seres vivientes que pueblan el espacio se hubieran puesto acordes para aclamarme rey, hubieran alhagado menos mi orgullo que aquella muger llamándome proscripto.





LA CABAÑA DE ESTELA.

Sí, respondi, proscripto.

Pero aqui mora la dicha, añadí.

Con una alma pura y una conciencia sin remordimientos por todas partes se encuentra la felicidad dijo Estela.—Lo mismo pienso yo, sin embargo no era aquello lo que yo habia querido decir, y ella lo notó. No me invité á que me sentara á su lado; pero se apartò un poco para dejarme sitio: me senté y á su contacto un estremecimiento voluptuoso recorrió todo mi ser. El vacío de mi corazón estaba lleno.

Apesar de que no nos habíamos visto nunca, teníamos muchas cosas que decirnos y no obstante callábamos; pero aquel momentáneo silencio fué

mas espresivo que una larga conversacion.

Estela estaba conmovida, turbada, enternecida tal vez... buscaba un entretenimiento, y cojió el libro que tenia sobre las rodillas, abriólo en la página en que Werther ve à Carlota por primera vez, porque aquel libro era tambien Werther, fijé mi vista sobre aquella página profética y la comparé con Estela. Esta suspiró. Mi mirada habia sido espresiva; pero el suspiro de Estela fué elocuente.

Otro Wether, le dije presentándole el libro de Lovely.

El amigo de los desgraciados dijo Estela...

—Luego vos habeis amado, repliqué con viveza, y aquella indiscreta pregunta me hizo ruborizar á mi mismo. Estela no respondió, arrancó del rosal una rosa salvaje y empezó á deshojarla. Cuando fijó en mí su vista leyó en la turbacion que me ajitaba, que habia adivinado su funesta alegoría, y me apretó la mano con ternura porque los desgraciados gustan de que los entiendan. Recojí las hojas de rosa y las puse sobre mi corazón. Hace mucho tiempo que se marchitaron y aun están en el mismo sitio con un guante, su novela, y una cinta verde.

Luego que sé ocultó el sol detras de la montaña,

advirtió Brijida á Estela, que ya era hora de volver á la cabaña: habria dado un imperio por acompañar á Estela; pero habria querido perder mil veces la vida antes que dejar de complacerla; la consulté con una mirada, y ella pareció responderme: Y por qué no?—La desconfianza estraña á los corazones virtuosos.

He saboreado poco los favores del amor... pero sé que algunos de ellos son ardientes que suspenden todas las facultades, embriagan los sentidos, sumergen al alma en un delicioso éxtasis, y hacen brillar sobre nuestra vida un resplandor de apoteosis... pero dudo que el amor tenga otros placeres mas dulces que aquellas delicadas y puras sensaciones que constituyen la dicha, siendo solo el deseo. El goce tiene un no se que de amargo y doloroso; cuanto mas perfecto es se hace mas molesto; es una llama que consume y se extingue. Oh! con mucho mas placer recuerdo el instante en que Estela trepaba conmigo el escabroso sendero de la cabaña! iba apoyada en mi brazo; su aliento pasaba rozando mi mejilla, respiraba su vida, y nuestras almas se confundian con la íntima union de nuestros pesamientos. Cuan dichoso era entonces!

Su cabaña estaba rodeada de madresevas y retamas en flor que la ocultaban en parte. El interior estaba adornado con sencillez; pero en aquel modesto ajuar baillaba la elegancia y aun el lujo... el lujo del infortunio que se acompaña de las bellas artes; observé allí una harpa, libros, papeles de música, y algunos dibujos que representaban los sitios y vistas mas pintorescas de la montaña.

—Ya lo sospechaba yo.—Tambien proscripta, dije en voz baja. Me interrumpió tapándome la boca con su mano en la que imprimí un beso de fuego.

Era tarde y pedí permiso para volver á visitarlas.—Y á menudo, dijo Estela.—Todos los dias, respondí.—Pronto, replicó ella.—Oh! mañana!... y cuan larga me pareció la noche!

Sali, y ella me siguió con la vista hasta que entré en el bosque.



LA VUELTA.

Era una noche poética...

El abeto agitado por el viento, la onda murmurando, y la paloma torcaz con sus arrullos, todo me hablaba de Estela.

Así que llegué á la cabaña, abrí la ventana, pronuncié suavemente su nombre, y creí que la naturaleza entera lo había oído.



ENTREVISTA.

Si amaré á otro! No, esa fatal sospecha no acibarará mi dicha! rechazaré esas imágenes cuya cruel ilusion empaña el encanto de mis dias.... Estela no ha amado todovía.

Llegué junto al rosal, cojí maquinalmente una rosa y la deshojé sin objeto, cojí otra, despues la tercera, y de este modo despojé el arbusto. Recordábame de aquella muda respuesta de Estela, procuré traer á mi memoria el momento en que la habia pronunciado, y estudiaba de lejos su alma para descifrar el misterioso emblema que tan sencillo me habia parecido el dia antes. Es regular, dije, rechazando con despecho las rosas que habia sembrado á mis plantas, que yo halla interpretado mal.

Desde el instante en que la dejé hasta aquel, solo me habia ocupado de ella y el único deseo que habia formado era el de volverla á ver, y cuando divisé la cabaña me sobrecojió un estremecimiento de terror. Quedéme inmóvil de espanto como si hubiera leído en la puerta de aquella apacible mansion habitada por un ángel humano, la inscripcion del infierno de Dante.

Cual es la naturaleza de ese vago presentimiento que presenta á nuestro alrededor las desgracias del porvenir, y que prevee los decretos del destino para perseguirnos con una afliccion lejana?

Estela estaba sentada y dibujando; adelantéme de puntillas, me situé detras de ella, y volviése, me saludó con una sonrisa. Se habia apaciguado mi turbacion, ó mas bien se habia convertido en una suave conmocion, pero aquella sonrisa de Estela me anonadó.

Hay en el amor una crisis violenta y ardorosa que consume y abrasa toda la máquina humana, toda la organizacion moral, y que absorve las impresiones ordinarias. Las ideas vagas y confusas no dejan huella alguna en la memoria: el cuerpo se debilita, los ojos se entelan, la sangre hierve y se precipita hácia el corazon...

Estais desazonado? me dijo Estela.

Coji su mano, y la chispa eléctrica no es mas rápida que la simultanea conmocion que confundió nuestras sensaciones.

Dí algunos pasos por la estancia, y fui á sentarme á su lado.

Su vista estaba fija sobre un dibujo; diriji hácia allí la mia porque no me atrevia ya á volverla hácia ella, y encontré una especie de deleite en ver lo que ella estaba mirando; me parecia que sus miradas dejaban allí un sello particular que hablaba á mi alma, y una cifra que yo comprendia. Cual fué mi sorpresa cuando en aquel dibujo reconocí el lugar de nuestra primera entrevista mas allá del huertecillo de Brijida?

—Como!... dije, Estela tenia á bien ocuparse...

—El punto de vista es agradable.

—Y la imitacion encantadora.

—Para vos la destinaba, respondió ella.

Debajo escribí, Memoria... y la pluma se me deslizó de los dedos.

Memoria á la amisiad, dijo Estela y escribió. Si ella no hubiera dado otro giro á mi arrebató, iba á caer á sus plantas.

Tomó el harpa; y arrancó sonidos tan pene-

trantes, que apaciguaron el tumulto de mis pasiones, y remplazaron con una profunda conmocion aquel penoso frenesi. La música siempre ha producido en mí el efecto de un bálsamo consolador.

Arriesguéme á mirar á Estela de frente, y el sentimiento que me inspirò fué puro como ella, la celeste espresion que animaba su rostro y que se estendia á toda su persona hubiera infundido respeto á los corazones mas pervertidos. Esperimenté que volvía á estar tranquilo, y cuando Estela hubo dejado el harpa aun escuchaba.

La conmocion predispone á la confianza, y un momento de abandono salva todas las etiquetas de la sociedad.

Le hablé de mis padres, de mi hermano, de Lovely.... lloramos juntos, y conocimos que no podíamos vivir separados.

Cuando no se encuentran mas que dos en el universo y se tiene necesidad de amar, se cobran muy pronto cariño.

Luego que los rayos del sol fueron debilitándose por la llegada de la tarde, salimos juntos de la cabaña y nos fuimos á pasear por las cercanias.

Hay en la montaña una gran flor que casi crece esclusivamente en lugares escarpados y pedre-

gosos. Esta es la aquileña, cuya azulada corola sostenida por un débil y esbelto tallo, se inclina á la tierra como fatigada de su propio peso; la tal planta es el emblema de una vida que dejó de ser feliz. Aquella flor gustaba mucho á Estela y me señaló una que se inclinaba sobre un peñasco.

Me encaramé hasta ella y la cojí; pero al bajar resbaló mi pié mal afianzado sobre aquellas piedras movedizas, y tuve que agarrarme á un zarzal que me hirió ligeramente; cayó una gota de sangre sobre la azul corola de la aquileña; yo queria tirarla... pero Estela la cojió con viveza, y la colocó sobre su pecho.



EL POBRE LOVELY.

Habia salido un día al amanecer y marchaba á la ventura hácia el bosque. Lovely me divisó y se me acercó; pero estaba muy ocupado con Estela para percibir lo que se pasaba á mi alrededor. Cojióme la mano: tú sufres, me dijo.—Y yo cojiendo la suya la coloqué sobre mi pecho.—Amas, añadió Lovely y me compadeció: esta idea habia conmovido las fibras mas delicadas de su corazon.

Amas, ó infeliz de tí! desgraciado de aquel que ama en la naturaleza. Su corazon estaba conmovido: el metal de su voz encerraba un no se que de dulzura, y cuando el eco repitió esta maldicion, como un gemido lúgubre, un estremecimiento de terror heló mi sangre.

— Si, desgraciado del que ama! conoces tú esta pasión que abrasa, consume y gasta todas las facultades, y que al cabo su daño se deja por todos traslucir? has acercado tus labios á esta copa de amargura? has entrevisto los escollos en donde tu vida irá á estrellarse?

• Cuando el primer rayo de placer vino á alentar mis sentidos, como tú, sonrei al porvenir y me mecí en la felicidad; pero era un sueño de niño porque nada de amor se halla en la tierra.

Ves ahora como ha superado todos los obstáculos, como se encuentra hecho el juguete de todas las borrascas, como le ha herido el destino con su terrible anatema!....

Ves como todo se ha conjurado para emponzoñar su pureza, empañar su brillo, y trocar sus delicias en amarguras!

Te has representado alguna vez á tu querida tendida sobre un lecho mortuorio, luchando contra el dolor que le persigue, contra la muerte que le alcanza, procurando recoger la existencia que se le escapa, y levantando hácia ti una mano que jamas te estrechará, lanzándote una mirada sin poderle dirigir otra, y exalando un suspiro, al que no acompañará otro suspiro?

—Detente, Lovely, exclamé, me atemorizas!

—Oh! si conocieras lo que es un corazón celoso, y cuanto rencor no entraña; si hubieras gemido sobre un amor engañoso y pudieses comparar esos tormentos, con el que se experimenta al llorar junto á las cenizas de una querida, yo creo que este cuadro tan imponente, te parecería tan dulce como una mañana de primavera.

Pero no poseer un amor por entero por las mas negras de las perfidias; preguntar á un corazón que ni aun se acuerda de lo que ha sentido, ahogando sus lágrimas en su seno, mientras que el de la perjura siente la vehemencia del deleite, á las palabras de un nuevo amante, desfallecer por ella, cuando ella vive por otro, cuando se sonríe en amorosa compañía, he aquí el colmo del infortunio... Reflexiona un momento! Quien sabe si á estas horas habrá acojido á un rival?... Si la coronará de guirnalda que ayer trezabas para ella, y si palpita en sus brazos con una ternera perjura?

—Lovely, dije, empujándole, déjame!.. me has lastimado...

—Acaso ya no me amas!... respondió.

—No, ya no te amo...—Y en seguida me maldije por aquella impostura; pero Lovely se habia retirado.

Aquella falta cargó cruelmente sobre mi corazón! sufría, y lo he maltratado... Su cabeza estaba desordenada, y he exasperado mas su mal, dos dias despues divagaba por la montaña... Habia olvidado hasta su único asilo y no le he alargado una mano amistosa... Heme bafado de sus pesares y le he rechazado con desden... Cuan horroroso es ser culpable para con aquellos á quienes se ama, y cuan dolorosa es su memorial!

Me perdonó despues, pero no soy digno de su perdon. Lovely, esta lágrima es todavía una lágrima de arrepentimiento.

Se ausentó por largo tiempo; todas las noches lo llamaba, no me respondia, volví solo, y oculté mi turbacion á su madre.



LA PLEGARIA DE LA NOCHE.

Era una estrellada noche de otoño á principios de setiembre: tres meses habian transcurrido desde el dia en que vi á Estela por la primera vez mas abajo del pequeño huertecillo de Brijida. Detu- veme en el sitio donde la habia visto, y ocupé su mismo asiento. Recordé las primeras palabras que me habia dirigido y las repetia en alta voz, aperci- bí el rosal, volví los ojos, y fuíme en derechura á la cabaña. Era de noche; sin embargo en ella no habia nadie y jamas me ha acontecido de encon- trarla tan desierta á ménos que Brijida y Estela no estuvieran en el huerto. Estaba bien persuadido que entónces no paraban en él, y á pesar de ello volví, y me puse aflijido como si hubiera creído verla.

No habia peligro que mi imaginacion no previniese y exajerase. Tan pronto recelaba que sus perseguidores hubiesen descubierto su retiro, como que se encontrara acometida por una fiera, ó sorprendida por un salteador: pocos habia allá; pero si Estela se hubiera encontrado con alguno de ellos!

Marchaba preocupado con mil temores cuando distinguí á algunos pasos de mi una luz en el espesor del follaje: adelantéme y oí un ligero movimiento. Habia oido repetidas veces un ruido semejante al que acababa de percibir; pero ese ruido jamas habia resonado como aquel en mi corazon: este era el roce de los vestidos de Estela.

Una lámpara colgaba de un tejo y lanzaba sobre Estela una claridad tan moribunda que circuyéndola de una pálida aureola, descendia á lo largo de su ropaje en trémulos reflejos para estinguirse á sus espaldas.

Estela estaba de rodillas, inmóvil, con la frente inclinada, las manos juntas, y en actitud de resignacion y plegaria: algunas veces solamente dirijia al cielo una mirada, un suspiro y una lágrima.

Brijida permanecia á su lado, clavada su vista sobre un rosario de ébano, y un rayo de la lám-

para iluminaba sus blancos cabellos.

Estela me oyó, dirigióse á mí, y me dió á comprender al solo movimiento de su mano que lo que mas importaba en aquella ocasion, era el silencio: yo estaba de rodillas. Habia mucho tiempo que no habia rezado y conocia que eso me aliviaba: aquella dulce comunicacion con Dios embargaba mis sentidos, elevaba mi alma, purificaba mis ideas, y derramaba sobre mis angustias un bálsamo consolador.

Léjos estoy de profesar esta esclusiva y mal comprendida devocion que rechaza al hombre engañado y que lo mismo condena el horror, que el crimen. Con todo estoy bien persuadido que la presencia de un ateo no me causara indignacion... pero no lo mirara sin compadecerlo: bastante digno de compasion es el desgraciado que no conoce el encanto de la oracion.

Dios nos ha oido, dije á Estela, despues de concluida la plegaria de la tarde: era un espectáculo muy digno de aquella veneracion consagrado por la doble solemnidad de la infelicidad y de la noche, y ofrecido por dos proscriptos de una religion proscripta: nos ha oido y su bendiccion ha llovido sobre nosotros... Estela me manifestó con el dedo una

huesa cubierta de musgo.

—Ella también, dijo Estela, ella nos ha oído y nos ha dado su bendición.

Volvióse la luz mas viva, y por fin se apagó.

Nos dirijimos otra vez á la cabaña sin articular ni siquiera una palabra: luego de llegados, Estela se sentó y me miró: conservaba alguna cosa de la divinidad con la que acababa de conversar: bajé los ojos y la escuché con respeto.

—Amigo mío, dijo Estela, no he habitado siempre sola esas montañas: tuve una madre.

Iba á llorar y miró al cielo.

Ella me acompañaba en este triste destierro, continuó Estela, y nos queríamos mucho. Hace un año que la enterraron, y quedéme huérfana.

—Sola, exclamé, con un tono apasionado! y Brijida pregunté lleno de rubor!

Si, la amistad dijo Estela! la amistad es dulce; pero quien me restituirá los besos de una madre? ella es muerta.

—Aun vive, no lo dudeis! aun cuida de su Estela, de su hija, en su cabaña recoje el lloro del amor filial, y contempla con orgullo los sentimientos que os ha inculcado. Cuando el tiempo haya gastado

los resortes de vuestra vida, su alma bajará sobre vuestra tumba, ambas se unirán, y la suya os escoltará, al pié del trono del Señor. Estela, no lo dudeis, esos brazos estrecharán á vuestra madre.

Y mi pensamiento descansa con orgullo en aquella sublime esperanza de una vida mas feliz. Decid cuanto os acomode escépticos materialistas; vosotros no me arrebatáis mi inmortalidad: mi convicción es mas poderosa que vuestros sofismas. Vivire!

Que mortal se hallará revestido de bastante valor para soportar los desprecios de los nobles, las humillaciones de la miseria, y los tormentos del amor propio ultrajado, si no pudiera conciliarse con su alma para encontrar un consuelo. Con qué ojos miraria el féretro de un amigo si creyera que iba á encerrarlo entero en el sepulcro, abrumado por el triunfo del crimen, lastimado por las persecuciones, y disgustado de las ilusiones del mundo? Qué le quedaria si no fuera por aquella irresistible necesidad de existir mas allá de sí mismo, y presenciar la eternidad; ese sentimiento que le sostiene, le consuela del pasado, poniendo á su disposición el porvenir?

Por qué no había Estela depositado mas pronto en mi pecho aquel secreto?

Vos todavía teneis una madre, dijo Estela, y los secretos del dolor importunan á los dichosos.

Dichoso! sin serlo Estela!





LA ESPLANADA.

Pasados algunos dias Estela volvia conmigo del huerto de Brijida y nos detuvimos en un campo de verdura cuya estension se perdia en un delicioso valle.

El sol estaba en el ocaso, y su carro de fuego delineaba una faja rojiza en occidente: los picotes de los peñascos heridos por sus últimos rayos aparecian bañados de un brillante color de púrpura, y se reflejaban en la campiña que matizaba todos los objetos de un tinte violado.

Mirè tiernamente á Estela; su alma se habia asociado al vasto concierto del amor que saluda al crepùsculo, y no sè si aquel cuadro tan encantador la embellecia mas á mis ojos, ó por lo

contrario si era ella la que embellecia de tal manera la naturaleza.

Llevé mi brazo el rededor de su cuerpo, y ella apoyó su cabeza sobre mi seno: una dulce languidez cerraba sus pupilas: un benéfico color animaba su tez: su corazón latía... Yo me abrasaba, tenia calentura, mis labios estaban marchitos como por una ardiente sed, los puse en contacto con los suyos, vacilé, temblé y no vi lo que pasaba...

Bajamos de la esplanada, ninguna mirada me dirijia Estela: ni una palabra; era tanta mi conmocion, que ni siquiera conocí que habiamos dejado el camino de la cabaña.

Nos detuvimos en el bosque de la oracion: el sol se habia puesto; la lámpara colgaba de un tejo, y caimos de rodillas.

Al día siguiente pasamos por cerca de la esplanada, Estela me sonrió y tomó diferente camino.



LA GUIRNALDA.

Caminaba á su lado y apercibí una mazorca de rosas sobre una roca; las coji y se las presenté: tejí de ellas una guirnalda, se la ciñó á manera de diadema por alrededor de sus blondos cabellos que caian sobre sus espaldas; á la manera con que se adorna á las víctimas. Este fúnebre ornamento, le recordó sus amigos sacrificados, y sembró sus pasos de flores como un obsequio espíatorio á los manes de los inocentes.

Si, Estela, exclamé: ellos con su despotismo y audacia han amedrentado á la patria, devastado los templos, sembrado la discordia, y proscripto la virtud: han degollado á la hija en los brazos de su

padre; el esposo reclinado en el seno de su adorada esposa; y nuestra tierra natal es el patrimonio de los verdugos: la han fertilizado con los cadáveres de nuestros padres... y te han proscrito Estela! Podria jamas sellar un beso de perdon sobre sus labios ensangrentados? Jamás! Venganza y maldicion sobre los tiranos.

Cuando la justicia no es mas que una palabra, la venganza llega á ser un derecho: y siempre que las leyes contemplan en cobarde silencio la desastrosa impunidad del crimen, entónces es preciso que el puñal del oprimido haga las veces de juez y amigo.

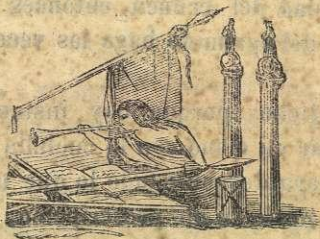
Ya lo he dicho: porque hay instantes en que quisiera armar mi mano con la cuchilla de un exterminador para devastar todo lo que me rodea y haya tomado parte en mi proscripcion, y apagado mis emociones; pero esa locura ultrajaria á la naturaleza y aun á la misma humanidad.

Dios les conceda su proteccion, dijo Estela.—
Y lo mismo, repetí.

Una grande espresion de piedad; brillaba en sus miradas: cualquiera la tomara en aquel entonces por un ángel bienhechor recordando á los hombres la indulgencia del Señor; y ocupaba el sitio de esa

invisible cadena que une el cielo y la tierra, el Hacedor y su criatura.

Hinque mi rodilla para adorarle; pero sus ojos cubiertos de una nube de amor se encontraron con los míos, y olvidé la oracion que vagaba por mis labios.





LA FALTA.

El cielo se iba cubriendo de nubes.

Un viento abrasador remolinaba en sus alas un torbellino de arena, y doblegaba la copa de los árboles que jemian al encorbarse; densas nubes empañaban el sol: vastas tiniablas se amontonaban sobre el horizonte, y la paloma de los bosques lanzaba de tanto en tanto un doloroso quejido.

Yo pienso que si no existiera el amor, este desorden de los elementos nos haria presentir su necesidad.

Así que llegamos á la cabaña coji sitio cerca de Estela, y ella aun mas se me acercó.

Entónces era feliz, y todavía me faltaba alguna cosa: habia una tempestad en mi seno semejante á la de la naturaleza.

Buscaba sus miradas, espiaba sus movimientos, y si en aquel entónces hubiera descubierto en sus miradas un pensamiento que no fuese para mí, hubiera tenido celos.

Cayó un rayo sobre la cabaña y me pareció que establecía una comunicacion mas íntima. La estreché con mis brazos y los suyos me apretaban contra su corazon.

Estalló el rayo! si me hubiera reducido á polvo en aquel momento de éstasis, hasta los felices de la tierra hubieran envidiado mi tumba.

Apesar de eso una vaga sensacion recorria por mis venas, y mi sangre refluia hacia el corazon. Levanté á Estela estrechándola fuertemente contra mi pecho, y mi ardoroso labio se encontró con el suyo...

Al principio tembló Estela, y á poco cayó desvanecida, su alma se habia unido á la mia en la embriaguez de aquel beso...

De nada mas me acuerdo de lo que pasó por mí en aquel entónces: era un sueño vago y delicioso que hasta me ocultaba el sentimiento de mi ser...

Habia sido culpable, pues que algunas veces la felicidad puede ser un crimen.



EL ANILLO DE LA ALIANZA,

Mi mano estaba enlazada con la mano de Estela que la desprendía débilmente.

Al soltarla hice caer un anillo que vino á parar á mis plantas.

Desgraciado! esclamó! con el acento de la desesperacion, soy casada...

Casada!

Si se hubiera desplomado el mundo por su propio peso, y solo y en pié hubiese permanecido en medio de sus escombros, todas mis facultades no hubieran sufrido tan terrible azote.

Procuré desvanecer aquella idea, pero habia resonado hasta el fondo de mi corazon.



SOFISMAS.

Bajaba con ropidez la cuesta de la cabaña.

Brijida pasaba á mi lado.

Dios tenga piedad de nosotros, dijo ella; habia creido que esta tempestad derribaria la montaña y aun hasta sus cimientos. Permaneciamos sentados en una altura bajo esa roca que se encorva á manera de bóveda, y veia el cielo cubierto de fuego. Por tres veces una roja llamarada se habia abalanzado sobre la aguja del campanario de Santa Maria, y la lechuza jemia entre los abetos. El Señor se apiada de aquellos cuya conciencia reposa en la virtud!

—Temblé.

Pero reparad, señor, dijo Brijida, la borrasca

empieza, y mejor estariais en la cabaña.

Mejor, Brijida, oh! no.

En efecto la tempestad empezaba: una luz repentina brillaba sobre el precipicio, y el viento silvando en los matorrales, hacia ondear su blanca cabellera. Una helada lluvia recorria por mi semblante y atravesaba mis vestidos, pero aun encontraba placer en ella. Mi imaginacion yacia tranquila en esas tempestades que se fraguan en la cima de las montañas, y mi turbacion se gozaba al verme acompañado de la naturaleza.

Bien, respondí repentinamente: casada, y qué significa esa palabra, que mágica encierra para llenarme así de terror? Ese vano ruido impresiona de diferente modo mi oido que las otras modificaciones de la voz?

Por lo demas que es el matrimonio sino una institucion creada por el capricho de los hombres, santificado por la preocupacion y respetado por la costumbre? Con qué fuerza ese lazo despótico encadenaria el porvenir al presente? Cual es la naturaleza de ese estravagante juramento que reduce á la voluntad de un dia todas las inclinaciones de la vida? Y qué ser se encontrará tan atrevido para poder decir con la sinceridad de su corazon: Jamas amor!

Pero no les pareció bastante encadenarlos para siempre, y convertir en un suplicio aquella union que constituiria su dicha si sus almas simpatizasen y fuese contraida por el sentimiento!... Lo mas creible es que ese lazo matrimonial fué contraido por solo el respeto debido á los pobres sin consultar sus corazones y sentimientos, y han sacrificado la paz de toda una jeneracion á frívolos intereses y á conveniencias lijeramente calculadas, han vendido á precio de oro favores que se desvanecen cuando uno se halla en disposicion de pagarlos, y aquella vírjen modesta que inspiraba veneracion y ternura, se ha visto precisada á compartir su lecho nupcial con la fea vejez, como una rosa naciente trasplantada sobre una tumba.

Eso no está en relacion con las leyes de la Providencia, ella quiere que la felicidad sea el patrimonio de todo ser viviente, ha acomodado los genios con una benéfica prevision, ha preparado secretas simpatías que son la señal y garantia del amor.

Acaso soy culpable, si las pasiones de los hombres han violado las leyes de la naturaleza y derriban ese edificio de un Dios?

Y si en medio de la corrupcion y desórdenes de

esta sociedad mi alma se ha conservado pura, no puedo tomarme el derecho de evadirme del yugo que ella ha fabricado para el vicio?

Mi alma luchó contra esa paradoja y se acoquinó de estremecimiento.

Cayó el rayo.





EL ULTIMO ADIOS.

Así que el primer rayo de la mañana empezó á iluminar el interior de la cabaña, me dispuse para ir á visitar á Estela: deseaba verla y al mismo tiempo la temia, aquella misteriosa palabra me perseguia sin dejarme un instante como el odio de un rival.

Llegué al huertecillo, reconocí el rosal que la tempestad habia desgajado, y sus desnudas ramas se inclinaban hácia la tierra.

El fuego celeste habia abrasado las retamas.

Entré en la habitacion de Estela.

Estábase tendida en una cama de correas cubierta con una estera de juncos, envolvía su cuerpo una sábana de un color obscuro, que eleván-

dose sobre su pecho, dejaba á descubierto su cabellera ondulando sobre su cuello: etaba pálida pero así que llegué, una ardorosa fiebre que se fraguó en su seno fué tiñendo de un color obscuro purpurino sus mejillas.

Detúveme á poca distancia y permaneci inmóvil esperando que me hablara.

Os esperaba, dijo Estela con amarga sonrisa, tengo mucho que deciros.

Sentéme: llega un instante en que uno puede juzgarse á sí mismo, replicó ella, y ha llegado ese instante para mí.

Dichosa yo si la divina Providencia no me condena como mi corazon.

Desde que os vi por primera vez entónces fué cuando me reconocí culpable.

Despues de visto os he amado. El decreto de mi destino era cruel, y todavia ha cargado con mas fuerza sobre mi cabeza. Creéis vos que la muger adúltera encontrará proteccion delante del Señor?

Quedose un momento silenciosa y continuó:

Soy hija de una noble familia cuyas virtudes están en relacion con sus blasones: fuè proscripta. Habia perdido á mi padre en mi infancia y he olvidado hoy su memoria. Aqui yace mi madre y he

hollado su lecho de dolor. Tomé voluntariamente esposo y he sido perjura. Cuando se desprendió de mis brazos para ir á alistarse bajo las banderas de una desgraciada causa, Estela dijo prodigándome el último beso, Estela seme fiel: y he sido perjura: erraba por esas regiones pobre, impaciente, pros-crito, oprimido de fatigas, y enmedio de insaciable sed y de una hambre canina solo pensaba en mi amor, y mi amor lo ha engañado!

Por qué os he ocultado ese fatal secreto? mil veces estaba pendiente de mis lábios, y mi corazón negándose á ello temblaba al veros adivinar lo que no debía callaros. ¿Por qué os he conocido? Todavía permanecería tranquila, podría ocuparme de mi esposo, sin conmoverme de vergüenza, y aun sin terror imploraría la sombra de mi madre!

Creeis vos, replicó ella con inquieta voz, creeis vos, que la muger adúltera hallará gracia en presencia del Señor?

Abrió la Biblia, buscó la página de la muger adúltera, fijó en ella sus miradas, y la regó con lágrimas.

Creo que el ángel delator que velaba sobre la cabaña se enterneció con su arrepentimiento y con aquellas lágrimas borró el pecado.

Estaba en aquel entónces á su lado: me cojió la mano y la elevó al cielo. Tú, me dijo, tú no has sido culpable, tú no me seguirás al infierno; sola yo he roto ese lazo: y sobre mí deben recaer todas las venganzas: yo te absuelvo en presencia de aquel que juzga de los hombres porque tu corazon es puro.

Pero marchaos, añadió; no volvais mas, este es el último ruego de Estela, la última palabra de vuestra amante. Dejadme que sufra, tengo necesidad de preparar á mi alma para sufrir su juicio.

Estela, exclamé arrojándome á sus rodillas: y llené su mano de lloros.

Dejadme, dijo, vuestros lloros me quemaran como los besos. Marchaos.

Y su pulso se debilitó: su anhelosa respiracion llegó á ser mas lenta, y su corazon no latió mas.

Precipitéme á la puerta, quería verla por un momento, y sus lívidos labios murmuraban un adios.



LA CAMPANA DE LA VILLA.

En esto no entré á la cabaña. Divagaba por sus cercanías sin otro alimento que los frutos salvajes que nos provee el otoño, sin otro lecho que esa húmeda tierra, y recorría las desiertas campiñas como una aflijida sombra desterrada de su tumba por los fantasmas de la noche.

Habían transcurrido cinco noches cuando vine á sentarme bajo la roca donde durante la borrasca habia encontrado Brijida un asilo.

Al contemplar esta obscura cúpula, esta inhabitable gruta, al pasearse mis ojos por esa vaga soledad que me rodeaba, buscando inútilmente en este inmenso espacio algun ser que respirase, me

persuadí que habíase trocado mi bullicio en eterno silencio, y que el mismo Dios me habia rechazado de su presencia, y aun de los límites de la creacion y que todo lo que veia no era mas que una incierta reminiscencia de lo que habia visto.

Escondióse el sol detrás de las montañas: descansaron mis sentidos, pero el dolor permaneció. Soñè que estaba rodeado de las imágenes de la muerte, una lúgubre antorcha llevada por un ser invisible y cuya moribunda llama alumbraba los horrores de mi camino, era lo único que me precedia: al extremo de este mortuorio camino percibi á Estela, vestida con el diáfano ropaje de las fantasmas, estendi un brazo hácia ella, y solo así una nube. Entónces arranqué de mi seno un grito doloroso, cuyo grito se prolongó por todos los alrededores de la montaña y permanecí en pié sobre la roca.

Todavía estaba allí aquella llama fatal como la habia visto en mi sueño; y descendia lentamente la cuesta de la colina, y mis ávidas miradas no cesaron de observarla, hasta que su azulada luz se perdió entre las tinieblas.

Procuraba tolerar mi arrebató, luchando contra ese espantoso prestigio, cuando repentinamente do-

bló la campana de Santa Maria. Sus vibraciones eran interrumpidas por esa horrorosa calma que llena el universo. Habia entre aquel sueño, aquella llama, y esta ronca armonía, no se qué trabazon de ideas que desgarraban mi corazon.

Habíame avanzado sin tener objeto hacia las escarpadas avenidas de la gruta, y esta claridad, este recuerdo.... estaba en el bosque de la oracion.





TODAVIA UNA HUESA.

Todavía una huesa.... una huesa nuevamente escabada.... asesinos, que habeis hecho de Estela?

Si, repetirlo, repetirlo otra vez Brigida: desgarradme mas en la agonía de mi muerte. Sí, solo á mí debe imputarse su muerte.

Y mi razon se estravió.—Interneme en el bosque, llené los aires de gritos, me arranqué los cabellos; desgarré mis sentidos, y despedazado, sangriento, cubierto de polvo y de heridas me desmayé.



YA NO MÁS DICHA.

Aquella noche me pareció larga como la eternidad: porque mi juicio estaba íntegro y me representaba fantásticas quimeras.

La escena de la muerte de Estela perseguía á mi fatigada imaginacion. La veia envuelta en su fúnebre sudario adelantar su descarnado pié sobre la huesa, y dar contra la tierra, que resonaba á su caída. Algunas veces me parecia que habia sido burlado por un sueño falaz, y que Estela no habia muerto. La oia golpear la tapa de su féretro y lanzar un ahogado gemido. Levanté la piedra que cargaba sobre ella, rompí las cadenas de su horrorosa prision, y la cubrí con mis brazos para reanimar sobre mi pecho su yerto corazón.

Entónces de este modo enlazados, nos arrebató por los aires el violento soplo de la tempestad: nos lanzaba tiritando sobre mares helados, nos mantenía suspendidos sobre el hirviente cráter de los volcanes en medio de una abrasadora lava precipitándonos de tempestad en tempestad en las profundidades del abismo.

Cuando volví en mí encontré á mi lado á Lovely; me había restañado la sangre, lavado el rostro, y derramado agua fria sobre mi pecho; y todo esto junto á la fuente en que le encontré por primera vez al llegar á la montaña. Aquel recuerdo me fué penoso. Ay de mí! ya no mas dicha, no mas tranquilidad, esclamé vomitando horrorosas imprecaciones contra el destino. Conté enseguida mis cuitas á Lovely: lloró y yo no pude llorar!

Escúchame, dijo Lovely luego que acabé mi narracion, ahora que sabes tambien lo que es padecer, creo que simpatizaremos mas, y mi amistad mitigará tus penas, y un dia cuando tu corazon esté ya sano, te contaré las mias, y al ver las diferentes formas con que puede presentarse el infortunio, conoceras que ninguno tiene derecho para decir soy el mas desgraciado de los hombres! Te repugna esa idea continuó Lovely, pero si supieras!...

Y dime, Lovely, porque no diste fin á tus dias?

Oh! oh! dijo Lovely; porque tenia una madre y era preciso vivir.—Tambien yo tengo una madre, y en seguida añadió, debo dar gracias á la Providencia porque enmedio de mi desesperacion he salvado mi vida.

Si hubiera muerto quien te consolaria?

Es verdad! tiene alguno derecho para disponer de su vida mientras haya desgraciados?

Todo esto he padecido y todavia vivo.





ELLA ES INMORTAL.

Mucho tardaron en mitigarse mis penas: por largo espacio busque los desiertos, la soledad, y las tinieblas de la noche que parecían conceder á mi dolor alguna cosa de mas dulce é imponente. Cada vez que la luna ostentaba en el cielo su disco majestuoso avanzándose hácia el horizonte, á su melancólica luz recorria pensativo la cima de las montañas; y cuando fijé mis ojos en el sitio donde habia encontrado á Estela, la pedia á todo lo que nos habia observado, y luego jemia.

Á menudo creia distinguir formas fantásticas en las sombras que erraban por mi alrededor, y preguntaba á esas fantasmas, vanas ilusiones de las tinieblas, sobre los problemas de la eternidad.

¿Qué fué de Estela? decía! se ha confundido como vosotras entre las nubes, ó duerme todavía inmóvil en la huesa que se la ha cavado? Ese ruido del torrente turba algunas veces su sueño! siente el frio del invierno? cuando frías escarchas cuelgan de las ramas de los tejos y la lluvia penetra la tierra que se la embebe, dice ella: tengo frio!—Decidme, decidme sobre todo si su alma en su nueva vida se ha despojado de todos los recuerdos de su vida pasada, si piensa siempre en mí, y si cuando pronuncio su nombre mi queja penetra hasta su corazón!

No, Estela no oye las borrascas de la montaña, y el viento del norte bramando en los abetos aun repite el silencio de su tumba.

Estela dormirá hasta que los elementos se confundan y el tiempo perezca.

Cuando llegue aquel dia se sentará al lado de su madre en medio de una luz inmortal y respirará una eternidad de delicias en un eterno reposo.

Cuando se acerque aquel dia y Estela comparezca delante de su juez, no ceñirá su frente de fulminantes rayos porque es una ley comun á todo ser que respira, que el amor es una virtud: y ser amado, una felicidad. El señor cuyo amor no tiene

igual, no arrojará de su seno á aquellos que mucho han amado. En que consiste la divinidad sino en esa necesidad de amar, que llena la creacion y que es el origen del bien, el móvil de la naturaleza, y el alma del universo? El amor es la fuente de la humanidad: en la otra vida solo hay castigos para los que aborrecieron.

Duerme en paz, Estela mia, y dulce te sea la inmortalidad: el veneno de los pesares no se mezcla con el néctar de los bienaventurados. Duerme en paz, Estela mia, tu no habias nacido para amar y has llenado en la tierra tu mision.

Volveré á verte uu dia...!

Un dia! un dia!...

Cuando el ángel del juicio final revuelva las cenizas de los hombres sobre el esqueleto de los mundos; entónces me levantaré sin que ningun remordimiento roa mi cerazon porque mi vida ha sido pura, y compareceré con confianza delante de la divina justicia. Entónces me volveré á tí: tu me sobreiras y nos reuniremos para siempre. Entónces, ho Estela! nada podrá ya separarnos ni la muerte, ni los hombres ni los tiranos, ni la naturaleza: no quedará huella alguna de proscricion: los inocentes encontrarán su vengador, y la

recompensa; los opresores sufrirán su castigo merecido: no se tendrá memoria alguna del mal; y hasta la misma destruccion desaparecerá para siempre.

Y mi alma abrumada por tan encontrados vaitenes, descansaba en la paz del porvenir.



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



CONCLUSION.

Pasó un año y volví á ver la cabaña.

Hace ya algunos dias que la habito en compañía de Brijida, Lovely y su madre: cultivamos el huertecillo, y al ponerse el sol todos los dias vamos á orar en el bosquecillo de los sepulcros, y allí he plantado un ciprés que empieza á sombrear la sepultura de Estela.

Nada se ha renovado del ajuar de su aposento: todo se halla en el mismo estado que cuando vivia: solo falta Estela, y algunas veces creo todavia verla.

Y aun creo que la veré!



CARTA DE UN CURA DE LOS BOSQUES.

Me acuerdo muy bien, caballero, haberos visto durante una de vuestras escursiones botánicas en los bosques, y de haber entablado una conversación sobre el desgraciado jóven por quien tanto os interesais; pero á pesar de que se han estrechado desde entónces mas mis relaciones, solo podré daros algunos incompletos datos sobre su situacion actual.

Algun tiempo despues de vuestra partida fui llamado á la cabaña para suministrarle los socorros espirituales en una lenta enfermedad que le sobrevino despues de la muerte de su amigo. Contóme sus dolores y me confió las memorias que él os habia leído, y de las que habeis deseado que os las

buscase para remitiros los fragmentos. Os confesaré que esta penetrante espresion de una alma que sufre y que reina de un cabo á otro, me causó una profunda emocion: y al ver sus lágrimas no pude dejar de llorar. Sin embargo á menudo habia notado en ese escrito proposiciones muy atrevidas sobre muchos puntos de relijion y de moral, y arrebatos que parecian partir de un corazon acostumbrado á desconfiar hasta de la misma Providencia. Reparé que esas locuras eran indignas de un hombre de bien, y que se habian escapado de una imaginacion cruelmente afectada por los pesares. Me respondió que se arrepentia de haber escrito todo aquello, y quemó todo lo que yo habia condenado: despues me dió lo restante diciéndome que habia al principio formado el proyecto de publicar esta fatal historia; pero que le parecia que mejor fuera dejarla en el olvido.

Despues de su restablecimiento le encontré mas allá de un huertecillo que pertenece á la vieja Bríjida, y me apretó estremadamente sobre su corazon: dijo como se encontraba mejor, que su salud comenzaba á restablecerse, y que confiaba antes de poco tiempo salir de su conyalescencia: añadió como me dejaba dueño de todos los papeles que

me habia confiado, y que de ellos dispusiera conforme mi voluntad, de manera que remitiéndoos la propiedad de ese triste patrimonio de la desgracia no corro peligro de violar su última voluntad.

Algunos dias despues de esta conversacion desapareció ese jóven sin que ninguno pudiese positivamente saber donde paraba, se hacian varias conjeturas mas ó ménos verosímiles sobre este suceso, pero ellas no bastaban para calmar mi inquietud.

Resolví volverme á la cabaña y hallé llorando á los desgraciados amigos, era una lastimosa escena, y me conmovió. Me esforzaba en prodigarles consuelos, pero en aquel momento eran imposibles, puesto que sufrían mucho. Los dejé y abandoné su curacion al tiempo que es el único que tiene poder de cicatrizar las llagas.

Me trasladé al bosque donde yecen Estela y su madre, y á donde el despojo mortal de Lovely habia sido nuevamente trasportado. El pequeño ciprés que crecia sobre la huesa de la amante acababa de ser arrancado por un huracan, y ordené que fuese reemplazado con alguna solemnidad: y al dia siguiente oré en ese mismo sitio en presencia de muchos montañeses, por el reposo de estas almas tan cruelmente ajitadas por las pasiones, y que tan

dignas eran de que la suerte les sonriera.

Enseguida proseguí mis informes sobre el paradero de nuestro amigo y todo lo que se me contaba me hacia temblar.

Un dia corrió la noticia por la aldea que se habia distinguido un cuerpo sobrenadando en el torrente, y que las aguas al salir de madre lo habian arrojado sobre una pequeña isla que habréis podido percibir en el valle rodeada por las aguas del arroyo. Me embarqué; pero el cadáver estaba talmente desfigurado, que me fué imposible descubrir alguna señal que pudiese justificar las presunciones del pueblo: lo hice enterrar, y os juro que este suceso me puso tan indeciso sobre la desgraciada y futura vida, que no pude conciliar mi sueño hasta haberme asegurado que no era su cadáver por la inspeccion del suicidio y de los vestidos hallados en la arena al siguiente dia.

Poco tiempo despues de esta fecha y por lo que puedo acordarme, hácia el fin del año, anunciaron los papeles públicos que habian prendido un emigrado en la montaña, y que ese desgraciado ya no existia. En la ignorancia en que yacia de su verdadero nombre no pude sacar ningun indicio sobre la espantosa relacion que mediaba entre es-

ta noticia y el tiempo de su ausencia: pero un aldeano que fué testigo de la muerte del emigrado nos ha descrito sus facciones tan parecidas á las de este desgraciado que no nos quedó la menor duda en creerlo, y al punto dijimos: es él.

Quizá seria posible que hubiesemos padecido equivocacion por una de esas sorprendentes semejanzas que se observan algunas veces en el mundo; yo creo que nuestro amigo no ha muerto puesto que el cielo mismo no hubiera permitido que la muerte lo alcanzara sin remunerarlo despues de tantas desgracias, y le hubiera conservado la vida para servir de ejemplo en la venidera generacion.

En cuanto á vuestra intencion de dar al público las memorias que os remito, efectivamente, creo que el cuadro de las desgracias que han seguido á una pasion ilejítima reportarian utilidad en estos dias de corrupcion: pero vuestra empresa no dejará de tener sus inconvenientes, y hablando de las obras de buen estilo me ha parecido siempre que los escritos de esa naturaleza perjudicarian á las letras.

Convengo que se debia permitir un estilo ilegal en un libro que encierra una efusion rápida de sensibilidad y cuyas palabras representan las sensa-

ciones, sin que el autor se haya ocupado de arreglarlas y de hermostrar sus digresiones.

Sin embargo, confieso que muchas veces es del todo imposible que no se escapen repeticiones y periodos semejantes en una obra cuyas ideas nacen de un solo sentimiento en circunstancias á poca diferencia iguales.

Sé que hay muchas cosas que nos parecen estrañas, estravagantes y gigantescas que tal vez nos habian acaecido en la misma situacion, y que no es nada estraño que no tenga armonía la espresion, todas las veces que ha padecido desórden el entendimiento.

Pero cuando una obra en la que se noten tales faltas caiga en manos de un hombre de gusto, no creais que obrara mejor dejándola solo leer á un reducido número de personas, que entregándola á la muchedumbre que solo sacará de ellas ideas ec-sajeradas ó dañosas, y á la critica que despedaza todo lo que no comprende.

Permitidme que os haga reparar que los papeles que nuestro amigo sometió á mi censura, contenían si me es licito esplicarme así, una especie de lazo que unia la narracion de todas sus escenas, y cuya ausencia ha dejado en los fragmentos tales co-

mo hoy se encuentran, un vacío que perjudica á la trabazon e interés de la obra.

Si se tomara alguno la pena de llenar esos intervalos, no creo que la voz de la naturaleza sea fácil de imitar y sentiria que llenaran estos vacíos con una insípida tarazca.

Sin embargo, os remito los fragmentos: y sobre el uso que habeis de hacer de ellos, me someto á vuestro parecer y al de personas juiciosas á quienes penseis consultar.

Si creéis que esta memoria pueda ser útil, si pensais que las desgracias de un proscrito de veinte años de edad, haràn derramar algunas lágrimas, y que sus virtudes encontrarán algunos entusiastas, y que el cuadro de sus remordimientos impedirá lgunos deslices, no vacileis.

Pero por otra tarte son tan raros los buenos corazones, que es justo y laudable consagrarles un euerdo.

FIN.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
GRANADA

ALPHABET

13

LA AURORA.

PERIÓDICO LITERARIO.

Este periódico se publica todas las semanas, su precio 4 rs. en la capital y 5 fuera franco el porte.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN LAS OFICINAS DE ESTE PERIÓDICO.

Historia del origen, padecimientos, progresos y porvenir de las misiones católicas, con dos láminas en cobre, 4 rs. ejemplar.

Del cólera.—Sus caracteres, origen y desenvolvimiento, causas, naturaleza y curacion. Ejemplar 10 rs.

La Choza de Tomás, novela por M. E. Beecher-Stowe. Traducida al castellano. Edicion ilustrada con 26 grabados aparte del testo 12 rs.

Los Proscriptos, novela escrita en francés por Carlos Nodier, y traducida al español por D. L. M. G., 2 rs. ejemplar.

ZARZUELAS.

Dos golosos para una breba ejemplar 4 rs.

Como quieran ellas vencen, ejemplar 4 rs.

Ademas se encontrará un surtido de devocionarios y semaneros santos de todas clases

Surtido completo de libros de instruccion primaria, y papel rayado para escribir los niños.

Gran surtido de libros en blanco, papel para cartas y rulos secantes, obleas, lápices, sobres de cartas, plumas de acero y cove, obleas de goma, oblederos arenilleros arreglado to precios moderados.

